

“Uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos” (Mt 23, 8)

“Cuidémonos mutuamente”

Tema de formación 5. La soledad del enfermo y su familia

1.- Texto Bíblico

“Y al pasar vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: ‘Maestro, ¿quién pecó: este o sus padres, para que naciera ciego?’. Jesús contestó: ‘Ni este pecó ni sus padres, sino para que se manifestasen en él las obras de Dios. Mientras es de día tengo que hacer las obras del que me ha enviado: viene la noche y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo’.

Dicho esto escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: ‘Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)’. Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosnas preguntaban: ‘¿No es ese el que se sentaba a pedir?’. Unos decían: ‘El mismo’. Otros decían: ‘No es él, pero se le parece’. Él respondía: ‘Soy yo’. Y le preguntaban: ‘¿Y cómo se te han abierto los ojos?’. Él contestó: ‘Ese hombre que se llama Jesús hizo barro y me dijo que fuera a Siloé y que me lavase. Entonces fui, me lavé y empecé a ver’. Le preguntaron: ‘¿Dónde está él?’. Contestó: ‘No lo sé’” (Jn 9,1-12).

2.- Experiencia humana

El texto bíblico nos habla de cómo se siente él mismo ante la enfermedad. Este es un aspecto a tener en cuenta al reflexionar sobre el enfermo y su soledad, pero también de las repercusiones de soledad que pueda manifestar la familia y el entorno del enfermo.

La experiencia de la enfermedad hace que la persona se cierre en su mundo y solo se preocupe de sí mismo. Se queda con los dolores físicos, sus preocupaciones y las preguntas sin respuesta. Solo con sus círculos concéntricos de miedos que se sublevaran en su interior al sentir y experimentar la sensación de soledad.

En la acelerada vida actual y su constante ruido que parece llevar al ser humano a las más sutiles distracciones, el espíritu es arrastrado por los estímulos de fuera, dejando poco espacio para poder contemplarse a sí mismo. La persona se siente incapacitada para detenerse y adentrarse hacia su interior y responder a los interrogantes más grandes de la existencia: ¿Quién soy yo? ¿Qué sentido tiene mi vida? El ruido circundante hará que vuelva a perderse en las distracciones que la vida le ofrece.

Cuando aparece la experiencia de la enfermedad, uno se encuentra apartado de este bullicio externo, aparece esta única compañera de viaje: la soledad, en el marco de una habitación de hospital o del hogar. Es una soledad de uno mismo, oscura, que no se ha elegido y que nada ni nadie puede llevar. El ser humano, y más el enfermo, es un solitario que busca al mismo tiempo la compañía, sentirse arropado socialmente.

Seguro que ante esta experiencia de enfermo surge la pregunta: “Soledad y silencio amenazante del hospital, ¿qué me ofreces?”. La soledad no da nada porque nada tiene que ofrecer. Pero está allí, quieta, callada, ofreciéndose. La soledad no da nada, pero ofrece la ocasión de encontrarse a sí mismo, porque incluso puede ayudar a conocerse a uno mismo y a los demás, en definitiva puede ayudar a responder aquellas preguntas tan difíciles que cuando se está bien nunca se tiene tiempo de responder; definitivamente, nos ayuda a madurar.

Esta experiencia de soledad en la enfermedad también puede afectar a aquellos que están en el entorno del enfermo: su familia. Desde la Pastoral de la Salud ya se dedicó dos campañas a reflexionar sobre la familia del enfermo: “La familia también cuenta” (1989) y “Acompañar a la familia en la

enfermedad” (2018), donde también se tocó el tema de la soledad de los que están más cerca de los enfermos.

La mayor parte de las personas que cuidan a sus familiares enfermos de forma continuada sufren un importante desgaste emocional. Manifiestan que se sienten nerviosas, muy tensas, en alerta y preocupadas la mayor parte del día. Perciben que no tienen vida propia, que poco a poco van abandonando hábitos saludables, no duermen bien, no tienen ocio, no se cuidan físicamente. Salen con menos frecuencia con sus amistades, no se sienten valorados ni comprendidos ni apoyados por el resto de la familia y van desarrollando un fuerte sentimiento de soledad y de tristeza intensos.

3.- Reflexión pastoral

El pasaje evangélico del inicio del presente tema es una descripción breve pero esencial: es una persona ciega de nacimiento, por lo que no ha visto nunca el rostro de su madre o del padre, ni los colores de la naturaleza. Todos los referentes de exégesis de este tema nos llevan a la consideración del origen y sentido del sufrimiento. Desde siempre, ante el sufrimiento el hombre busca los culpables: en esta circunstancia se le preguntó a Jesús si la culpa es del enfermo o de sus padres. Jesús mismo hace que este hecho se transforme en fecundidad humana y espiritual, tanto para el propio enfermo como para quien le rodea.

Cuando se cae enfermo se produce una parada forzada en la marcha de la vida de las personas, y empiezan a surgir exclamaciones e interrogantes: “¡A mí, precisamente! ¿De dónde y cómo? ¿Por qué esto, por qué?”. Incluso se llega a la conclusión que no tiene sentido el preguntarse el porqué. Solo cabe una pregunta esencial cuando se cae enfermo o aparece el dolor: “¿Con quién estoy, quién me acompaña?”. Porque, en definitiva, lo más importante es saber quién está al lado, con qué compañía se cuenta.



La soledad irrita el dolor la compañía lo atenúa. Saber que puedes compartir con el otro es un consuelo. No se trata de pensar que hay otros peor. Sino que lo que consuela y reconforta es el hecho de sentirse y saberse acompañado. De ahí que la gran pregunta sea: ¿Quién está conmigo, a mi lado en esta situación? No se formula esta pregunta para saber que la respuesta es fácil, sino porque realmente su respuesta es la única que interesa.

Se debe tener en cuenta a los cuidadores que están en esta situación de acompañamiento al enfermo. Ciertamente no se puede controlar que surjan situaciones adversas, como puede ser la enfermedad de un ser querido, la cronicación o la situación terminal de la misma, pero sí desde el acompañamiento pastoral podemos ayudar a controlar mejor las emociones, a facilitar el cambio de hábitos, a que fluya mejor la comunicación entre enfermo y cuidador, a ofrecer luz para buscar nuevas ilusiones y nuevos objetivos. Se trata de profundizar y tomar conciencia sobre el papel importante y social que desarrollan los miembros de la familia que tienen que cuidar a sus familiares enfermos. En las Campañas referidas antes, una de las cuestiones que surgía era la de quién cuida a los cuidadores. Tomemos, pues, conciencia de que también ellos necesitan nuestro acompañamiento: proximidad, apoyo, atención especial, a veces porque la enfermedad sorprende a todos, o se agrava, o se alarga, o es insuperable; y, otras, porque la enfermedad se vive de manera más preocupante y con más sufrimiento.

Ante la enfermedad muchas veces la intervención terapéutica no es suficiente. Se podrán controlar los síntomas físicos pero no se consigue aliviar el sufrimiento moral o la misma soledad de los pacientes. Se procurará desde esta perspectiva intentar hacer un acompañamiento del enfermo y su entorno, “humanizando” el sistema sanitario y el de la pastoral de la salud. Cada uno elige cómo reaccionar a las

pruebas de la vida. No se puede elegir por los demás. Los que acompañan a los enfermos pueden contribuir a la búsqueda de actitudes constructivas mediante una presencia respetuosa y empática, que promueva la introspección y que saque a la luz los recursos interiores del prójimo.

En todo caso, la enfermedad afecta como una experiencia común en la vida de las familias, donde se pone de manifiesto el amor, la fraternidad y el cuidado entre todos sus miembros.

4.- Cuestiones para reflexionar

- a) Se ha dicho más arriba que “la soledad en la enfermedad puede transformarse en fecundidad humana y espiritual, tanto para el propio enfermo como para quien le rodea”. ¿Podemos saber si la soledad enseña que la enfermedad es positiva siempre que se encuentre sentido al dolor y al sufrimiento?
- b) ¿En qué puede ayudar la presencia del agente de pastoral en la situación de soledad, tanto del enfermo como de los familiares? ¿Cómo hacerlo?

5.- Oración final

Enfermo,

No te encierres en tu soledad. Ya has bajado hasta el fondo.

Sube, que otros te necesitan y tú también necesitas de los demás.

Su presencia no te impedirá sufrir ni disminuirán tus dolores, pero sentirás el calor de otro corazón que sufre contigo; y las penas compartidas no son tantas penas.

No se oye nada. Un silencio denso cubre la habitación del hospital o de casa. Resuena dentro del corazón: "El fruto sabroso en tierra fría y seca germina". ¿Cuál es el fruto que está madurando en la tierra seca de la soledad del enfermo?

Soledad..., soledad... Hazte playa para los que mañana lleguen a tu arena con sabor de ondas amargas en su boca. Y ahora duerme, que te ha crecido el cobijo. Duerme, que vamos de cara al mañana.

Amén.